



“Una nación no es una lengua, ni una raza, ni un territorio. Es una unidad de destino en lo universal. Esa unidad de destino se llamó y se llama España...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

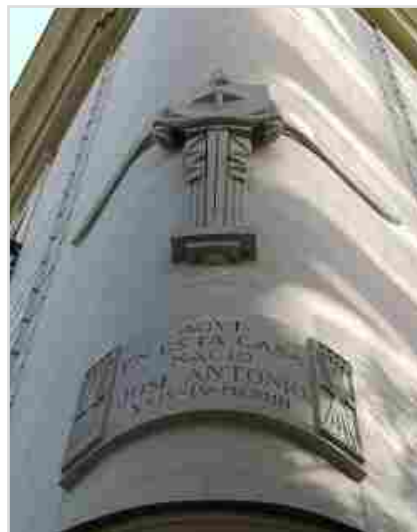
n° 368 (2ª Época). Mayo 2023

- 1. Descansa en paz.** *Manuel Parra Celaya*
- 2. 120 años con José Antonio.** *Carlos León Roch*
- 3. Sedicentes falangistas.** *José María García de Tuñón Aza*
- 4. Volver a mirar a José Antonio.** *Hughes*
- 5. El macabro rencor de los mediocres.** *Miguel Ángel Loma*
- 6. El pelotón de los ignorantes.** *Francisco Correal*
- 7. El triunfo de la España de José Antonio.** *Emilia Landaluze*
- 8. Vindicación de José Antonio.** *José Javier Esparza*
- 9. José Antonio, eterna víctima del odio.** *Arnaud Imatz*
- 10. Cinco rosas para cinco entierros.** *Juan Manuel Sayago*
- 11. José Antonio, el hombre al que no dejan descansar en paz.** *Luis E. Tогores y Gustavo Morales*
- 12. La única victoria de José Antonio.** *Luis Sánchez-Molini*
- 13. Veinticinco camaradas.** *Lorenzo García Fernández*
- 14. El lugar de tus cenizas.** *José Luis Antonaya*

De nuevo, la prensa, la televisión y las redes sociales no han perdido ocasión para sacar a la actualidad el nombre de José Antonio Primo de Rivera, esta vez con motivo del sexto traslado de sus restos mortales; digamos entre paréntesis que los errores de bulto han vuelto a ilustrar la escasa atención de algunos periodistas hacia los manuales de historia, como ha sido el caso de calificarlo de “dictador”(¡). En todo caso, como se puede comprobar, nunca ha dejado de estar de actualidad.

He dicho el sexto traslado, si no me equivoco en la cuenta: de la fosa común a un nicho en el mismo cementerio de Alicante; de este nicho, a otro, cuyo importe dicen que fue sufragado por Elizabeth Adsquith, la princesa Bibiesco, amiga suya y, a la vez, de Manuel Azaña, que también dicen que intentó impedir el asesinato, a pesar de que “también era un prisionero del Frente Popular”; de este segundo nicho alicantino a El Escorial, en cortejo multitudinario a pie; de allí, al Valle de los Caídos, en 1959, también acompañado a pie por miles de falangistas que no acataron el interdicto del Almirante Carrero. Ahora, la necrofilia sectaria ha vuelto a desenterrarlo.

Finalmente -¿podemos asegurar este finalmente?- reposa en la Sacramental madrileña de San Isidro, junto a sus hermanos y algunos parientes. Esta vez ha sido por decisión de la familia, que no ha querido ofrecer en modo alguno un circo orquestado por el gobierno de Sánchez, casualmente en vísperas de elecciones; ya manifesté en su día que, como español de a pie y joseantoniano del siglo XXI, me parecía muy bien esta decisión familiar, en la seguridad de que, ahora, cualquier ciudadano podrá ir a recordarlo en sus oraciones y depositar las cinco rosas en su tumba sin que ningún agente de seguridad intervenga para disuadirlo, aunque esto no es precisamente lo que se ha visto en las imágenes de la televisión -cedidas por La Moncloa- en el momento del traslado.



He titulado este artículo, acaso de forma ambigua, descansar en paz; me refería, claro está, a su cuerpo mortal, porque quiero entender que su alma ya reposa junto a Dios, a la espera -según dice nuestra Fe Católica- que se unirá, sin la huella de los trallazos de su fusilamiento, a su cuerpo glorioso el día de la Resurrección. Creo que, hasta ahora, ninguna de las Jerarquías de la Iglesia -que siguen permaneciendo mudas

ante la profanación de sepulturas en España- ha puesto en tela de juicio este punto de nuestro Credo...

No hace falta que, una vez más, comente las constantes injusticias que se han venido cometiendo con José Antonio tras aquel simulacro de juicio y la muerte: hacer caso omiso de sus propuestas para conseguir una España mejor y de todos, de utilizarlo para otros intereses, de tergiversar su mensaje, de elevarlo a la condición de mito inane para la historia y de convertirse, en este momento, en baza electoral ante las urnas, al socaire de la aberrante memoria democrática. Como se puede ver, nunca se ha librado de sufrir “la saña de un lado y la antipatía del otro”. En realidad, como no nos cansábamos de repetir desde aquella Plataforma 2003 -creada para conmemorar el centenario de su nacimiento- José Antonio pertenece a todos los españoles, de la misma manera que debiera pertenecer a todos, sin excepción, la propia España, en almoneda constante para unos y para otros, y, para mayor desgracia, otra vez como eterno borrador inseguro.

¿Es que es tan difícil asegurar, como quería José Antonio, la convivencia en unidad, paz, justicia y libertad, teniendo una “democracia de contenido” que supere con creces la “democracia de forma” que se ha venido ensayando a lo largo de nuestra historia reciente?

Como españolito que echó los dientes en la etapa del desarrollismo y, por tanto, no conoció ni la guerra civil ni sus prolegómenos, me siguen produciendo muchos momentos de reflexión determinadas intuiciones de larga onda histórica de José Antonio y, particularmente de emoción profunda, dos momentos de su vida: el primero, el que precedió a sus últimos momentos y le hizo redactar aquella pieza tremenda, sobrecogedora y ejemplar de su Testamento, sobre todo, en punto a su Fe sin titubeos y aquella frase de “nunca es alegre morir a mi edad”. El segundo, cuando, en el curso de una cacería, se enteró del asesinato de Matías Montero, el 9 de febrero de 1934, y que le hizo exclamar: “¡Este ha sido el último acto frívolo de mi vida!”.

En el entierro de este joven estudiante de Medicina, pronunció aquella frase que ahora recordamos: “¡Hermano y camarada Matías Montero! Gracias por tu ejemplo. ¡Que Dios te dé tu eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que sepamos ganar para España la cosecha que siembra tu muerte!”

José Antonio fue consecuente hasta el final, tanto en dejar de lado cualquier acto frívolo como en el hecho de ofrecer su vida para una España distinta y mejor, donde fuera la suya la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ahora está en nuestras manos -las de todos los españoles sin distinción de opiniones e ideas políticas- que ni su muerte ni la de cualquiera de quienes le acompañaban bajo la Cruz

del Valle, tanto de una como de otra trinchera de aquella desdichada contienda, resulte estéril para afirmar una sociedad española del futuro, esa que queremos legar a nuestros hijos y nietos.

2

120 años con José Antonio

Carlos León Roch

Sí, porque en 1903 nació en la calle Génova de Madrid ¿sigue aún la preciosa placa conmemorativa? José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, hijo del general D. Miguel Primo de Rivera... entonces se nació en los domicilios particulares.

Su vida privada transcurrió durante treinta años, acompañando a su padre en sus diferentes destinos militares, incluyendo la Capitanía General de Cataluña, donde adquirió amor y comprensión a la idiosincrasia catalana. Buen estudiante, se licenció en Derecho, vocación que ejerció con entusiasmo hasta - literalmente- los últimos días de su vida.

El destierro y la muerte en el exilio de su padre le incitó a entrar en la política parlamentaria, para la defensa de su memoria, y lo hizo en una formación de derechas, y fue en esa actividad cuando descubrió la pobreza, la miseria y las injusticias que sufría el pueblo español e indudablemente influenciado, que no comulgante, con el entonces atrayente fascismo italiano, fundó la Falange...



Pero eso, y el resto de la Historia, la sabemos casi todo; lo que pocos comprenden es que el lunes 24 de abril -muchos o pocos- asistamos a misa en Madrid y en otros lugares de España, para conmemorar su nacimiento. Y que yo -y otros- recordemos por escrito las ideas, las creencias, que en sus escasos tres años de vida dirigiendo la Falange, nos transmitió a varias generaciones posteriores; y que han modelado nuestras vidas creando para siempre una consideración del Servicio que se resume en el habitual saludo entre nosotros ¡¡ARRIBA ESPAÑA; y MÁS ARRIBA SOLO DIOS!!.

Y cuando consideramos nuestra extrema debilidad política, con ínfimas representaciones en pequeños municipios y nos preparamos para las próximas elecciones, recordamos que no hay más voto útil que el voto que satisface nuestra conciencia, nuestra ideología, nuestras creencias. Ni voto más inútil que el que sostiene políticas “tuertas”, que solo saben mirar por un ojo. Derecho o Izquierdo.

A última hora, se ha sabido que el Gobierno va a exhumar los restos mortales de José Antonio precisamente ese lunes 24 de abril, a los 120 años de su nacimiento... Pero solo moverán unos pobres restos mortales; ni su ejemplo, ni su arquetipo como modelo de servicio podrán mover.

Y siempre la esperanza: “Si no vencí a reyes moros, engendré quien los venciera”.

3

Sedicientes falangistas

José María García de Tuñón Aza

Hace años, el 12 de enero de 2016, en este mismo medio, publicaba el siguiente artículo que, deseo vuelva a ver la luz, como homenajes, a este gran hombre, Fernando Sánchez Dragó, que acaba de fallecer. Descanse en paz

Siempre que me lo permiten mis obligaciones, soy un fiel seguidor de los programas de televisión que, en ocasiones, dirige este novelista Fernando Sánchez Dragó, ensayista y polígrafo que, entre otros, fue galardonado con los premios Nacional de Ensayo, Planeta, Martínez Roca, Fernando Lara, etc., En una palabra, nunca me cansé de seguir su palabra, bien ya sea en temas literarios o políticos. Confieso que no he leído mucho de él, pero algo sí, por ejemplo, además de algunos de sus artículos publicados en prensa, he leído su novela *El camino del corazón*, finalista Premio Planeta 1990, que hace referencia a un joven que decide emprender un largo viaje a Oriente para buscar allí la sabiduría y la felicidad que Occidente le niega. También, era obligado para un joseantoniano, leer *Muertas paralelas* donde además de perseguir la figura de su padre, Fernando Sánchez Monreal, se ha topado con la de José Antonio Primo de Rivera donde hay más de cien páginas dedicadas a él porque le ha parecido un personaje muy interesante además de desconocido. «Importantísimo personaje de la Historia del siglo XX», escribe en otro momento. Lo último ha, sido un artículo recientemente, publicado en el diario *El Mundo*, y estando de acuerdo con muchos episodios que narra, me ha llamado la atención, al referirse a su padre, miembro del partido de Miguel Maura, acusado de rojo por un miserable llamado Juan Pujol, encarcelado y puesto en libertad una vez comprobada aquella falsa denuncia, escribe: «mi padre fue paseado al salir de la cárcel por un grupo de sedicientes falangistas que le esperaban en



la cárcel». O sea, interpreto que ha querido decir, que aquellos presuntos seguidores de José Antonio fueron los asesinos de su padre,

El mismo Sánchez Dragó en su libro ya citado, *Muertes paralelas*, escribe: «¿De qué Falange estamos hablando? ¿En qué medida eran falangistas auténticos, *camisas viejas*, los energúmenos y recién llegados que impusieron por doquier, en toda la extensión de la zona nacional, durante los dos primeros meses de la guerra su inicua ley del gatillo?». La respuesta se la da perfectamente Mercedes Fórmica: «Recién llegados y conversos se erigieron en representantes de algo que no sentían, siendo la intolerancia su nota distintiva. La comprensión fue practicada, desde el principio, por los escasos supervivientes, hombres y mujeres de la Falange auténtica. Franco no era falangista y entonces comprendí que aquello iba a ser lo que fue, un albondigón en el que hubo muchos conversos que para salvarse hicieron méritos muy crueles. Antes de la contienda los seguidores de José Antonio éramos poquísimos, quizás unos dos mil en toda España, y tal vez no siquiera llegaron a ese número, y en la zona franquista sólo había quedado una minoría, quizá cien o doscientos». También el poeta Luys Santa Marina tiene la respuesta sobre esos falsos falangistas: «Vinieron después, cuando el sol doró el agosto, cuando ya había una ancha y segura calzada que unía el pasado y el porvenir de la Patria, hecha con huesos de Caídos, de nuestros Caídos».

En otro momento, Sánchez Dragó se dirigió al entonces alcalde de Madrid Alberto Ruiz Gallardón para que una plaza de Madrid, que lleva el nombre de Juan Pujol, fuera sustituido por el de Fernando Sánchez Monreal. El alcalde se comprometió a plantear la cuestión en el siguiente pleno, pero al final, como casi todos los políticos, de lo prometido no hizo nada. Ahora se ha dirigido, con la misma cuestión, a la nueva alcaldesa. Tampoco hará nada, y si lo hace lo cambiará por otro nombre.

Me alegraría que este novelista tuviera suerte, viera su anhelo cumplido y llegue tener más suerte que ha tenido su familia. El padre de Dragó era, según cuenta él, miembro del partido de Miguel Maura. Un tío carnal suyo, que había sido presidente en Asturias de la Agrupación Maurista, fue asesinado en el Madrid rojo, agosto de 1936. No contentos con ello, los socialistas, una vez muerto Franco, quitaron su nombre de una calle de la localidad asturiana de Mieres. Era entonces alcalde Vital Álvarez-Buylla que hoy, sin saber qué méritos ha tenido a lo largo de su vida, el Hospital de aquella localidad lleva su nombre.

Volviendo a José Antonio Primo de Rivera, Sánchez Dragó escribió el respeto que su figura le inspiraba. Él era un patriota, dice; yo soy un apátrida, Él era cristiano; yo soy pagano. Sin embargo, a pesar de su paganismo. Fernando Sánchez Dragó declaraba un día que Jesús es el personaje central de la historia del mundo.

Más que la mezquindad necropolítica del gobierno, que ya no sorprende, lo que impresiona estos días con José Antonio Primo de Rivera es la crimosidad hiriente de algunas voces. Se desprecia la condición de víctima de José Antonio, cuya ejecución, por *republicana*, se da por buena. Bien muerto está, parecen decir. Estremece la extensión del odio, un odio que ya atraviesa los siglos y se entremezcla, en su deforme monstruosidad, con el desinterés absoluto de la gente. Este deforme sectarismo convive con la indiferencia popular y el efecto deja una fuerte sensación de irrealidad.

Si uno se fija en el metro, en las expresiones suspendidas de la gente, ¿dónde puede aparecer José Antonio? Si llegaran a saber quién es, su misma muerte se consideraría absurda. ¿Morir por España? ¿Por unas ideas? ¿Defendiendo el honor del padre? ¿Pidiendo reconciliación? El 78 debería haber inscrito sus palabras últimas como lema oficial, pero no lo hizo, y el desentendimiento y ocultación de José Antonio dan la cara décadas después.



Pero la humillante exhumación va más allá del sectarismo. En realidad lo deja atrás, lo supera. El gobierno y su orquestina mediática parecen burlarse ya de la propia seriedad, de la gravedad del personaje. Antes que un izquierdas contra derechas, parece ya un combate de lo frívolo imperante con las formas de seriedad y solemnidad de la vida española... El siglo XXI español se ríe del siglo anterior mientras lo esquematiza y caricaturiza.

Pero al sacar a José Antonio de la tumba lo sacan también a colación y esto quizás nos permite volver a mirarlo con otros ojos. ¿Es cada exhumación de José Antonio una oportunidad para entenderlo de nuevo? Está lo suficientemente lejos para ser materia de historia, pero no tanto para perder su gran resonancia política.

Puede ser una ayuda para ello el estupendo artículo que Arnaud Imatz publicó en *Ideas*. Imatz, estudioso de su figura, nos da la posible actualidad del gran desconocido. José Antonio Primo de Rivera, para empezar, como intento español de la tercera vía, ni derechas ni de izquierdas. Por ello, a una cierta derecha le roba el sentido de vida nacional y espiritual; a la izquierda, la exclusiva de la preocupación social. José Antonio quita algo a las dos, se hace también odioso a ambas. Lo que decía aquel poema de Rosales: la derecha siempre hablando de España, la izquierda

siempre hablando del obrero, y él coge los dos temas, pues han de ir juntos, los hace suyos, y los pone al servicio de una reformulación.

Y ojo a esta reformulación, porque es, a la vez «tradicionalista y revolucionaria». José Antonio acude a las fuentes políticas españolas, y no se queda en ellas para un decadentismo pasivo ni un tradicionalismo embalsamado sino que las quiere llevar críticamente a la modernidad. Reacciona a algo contemporáneo, al momento palpitante, a la revolución socialista, y en ese momento inmediateísimo, de puro presente, acude con la fuerza de lo tradicional. Esa tensión con lo nuevo es conflictiva, de difícil creatividad, pero ya no se limita a la negación ni a la mera imitación foránea.

Y las dos cosas, tercera vía y tradición actualizada, las pone al servicio de una base cristiana. Es una especie de «caballero cristiano», dice Imatz, y eso se percibe en su vida ética, su abrazo final, y en su objetivo político último: darle al individuo, a cada español, una posibilidad de realización espiritual más allá de lo material. Dar pan, pero no solo pan.

Lo dice Imatz, «síntesis superadora» de la oposición derecha-izquierda, eso pretendía José Antonio. Superar el unos contra otros hacia otra cosa, lo que pasaba también por un inevitable momento unitario. Este régimen y época, sin embargo, ha reducido el pluralismo a esa dialéctica detenida y vive evitando esa superación: los españoles como títeres de cachiporra en un combate eterno. O, simplemente, una farsa que abona la gran despolitización del personal.

5

El macabro rencor de los mediocres

Miguel Ángel Loma para Sevillainfo

Gracias a la cobarde inhibición de muchos que aún tienen que agradecerle tanto, esas otras almas oscuras a las que la mera visión de la gran Cruz les resulta insufrible están cada vez más cerca de convertir el Valle en un tétrico parque temático donde ni los muertos podrán descansar en Paz. Tras haber exhumado los huesos del general que les venció, ahora dirigen sus macabras actuaciones contra aquel joven abogado que fuera líder y guía de millares de españoles que inmolaron sus vidas en defensa de una España condenada a muerte por el Frente Popular y el comunismo internacional.

No les bastó con su cruel fusilamiento hace casi 90 años y siguen sin soportar la frescura literaria de sus palabras, su excelente calidad humana, espiritual e intelectual, y su heroica nobleza y generosidad en el perdón hasta el mismo momento de su muerte. Por eso ahora remueven su descanso eterno alegando que sus restos ocupan en

la basílica donde yacen «un lugar preeminente»... Y llevan razón. Pero su preeminencia no se debe a la ubicación de su tumba, sino a la superioridad honorífica que alcanzó en la Historia de España y en el corazón y la memoria de muchos españoles con su ejemplo.

Y seguirá siendo así para cualquiera que se acerque a conocer su truncada obra, por más que se afanen en denigrarle todos esos personajillos que se corroen cuando comparan sus mediocres existencias con la superior biografía de José Antonio.



6

El pelotón de los ignorantes

Francisco Corréale para Diario de Sevilla

La librería Caótica exhibe con todo merecimiento su orgullo por contar entre sus socios con Rafa Castaño, el concursante que ha roto todos los registros del programa Pasapalabra, con más de dos millones de euros en ganancias. Probablemente acertaría sin titubeos la autoría de esta frase: "Al fascismo no se le discute, se le destruye": Forma parte del escaparate de dicha librería. El autor de la proclama era Buenaventura Durruti. Un dirigente anarquista, oxímoron total, que murió en un lujoso hotel de Madrid convertido en hospital el mismo día que fusilaron a José Antonio Primo de Rivera en la cárcel de Alicante, el 20 de noviembre de 1936. La ejecución la dirigió un sargento de la FAI por mandato expreso de un decreto del Gobierno de Largo Caballero. Los enterradores no descansaron ese día: unos matones anarquistas asesinaron al compositor de marchas procesionales Manuel Font de Anta, aunque buscaban a su hijo falangista.

La Falange fue un partido fascista, pero la frase de Durruti sólo tiene valor si el que se apropia de ella la hace extensiva a todos los totalitarismos. No me imagino enmarcada en ese escaparate una sentencia del tipo: "Al comunismo no se le discute, se le destruye". En su Historia del siglo XIX, el historiador alemán Jürgen Osterhammel analiza el proceso de la abolición de la esclavitud en Brasil, el Caribe y Estados Unidos para concluir que "más adelante surgieron los campos de concentración y exterminio de los nacionalsocialistas y de los comunistas soviéticos y chinos. A la postre, estos fueron aún más destructivos que la clásica esclavitud africana; no se basaban en el comercio de esclavos y el trabajo no era un fin, sino un mero corolario de la opresión organizada".

"Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles". Esta frase de José Antonio nunca la encontraremos en el escaparate de ninguna librería. Forma parte de su testamento. Por edad era de la generación del 27. Cinco años más joven que Lorca, que no ocultó sus simpatías por el político y abogado, sólo se llevaba unos meses con Alberti y Cernuda.

Con la ley de Memoria Democrática ha vuelto la inquina. Y siguen vigentes las palabras con las que José Antonio respondió al catedrático Jiménez de Asúa: "No son mis ideas políticas lo que repugna al conocido catedrático: es mi apellido". ¡Será por frases! Para llenar los escaparates de cien librerías.

Nació hace 120 años. Lo mataron con 33. Pérez-Reverte inventó una trama para rescatarlo en la primera entrega de su trilogía de Falcó. Y ahora ha vuelto a ser fusilado por el pelotón de los ignorantes. Lo peor de la memoria mal entendida es la desmemoria bien planificada.

En el Imprescindibles dedicado a Sara Montiel, para señalar el contexto temporal de su infancia, un ilustrador trazó sendos retratos de Franco y el dictador Primero de Rivera, pero a éste lo confundieron con su hijo, con esa nariz aguileña de espía de El halcón maltés a lo Peter Lorre. En Antena 3 le llamaron dictador, en el Informativo 24 horas hablaron del "militar Primo de Rivera". Sólo era abogado. Aunque no le dejaron defenderse.

7

El triunfo de la España de José Antonio

Emilia Landaluce para El Mundo

Decía un amigo azul, falangista de última hora que me lleva a comer percebes bara tos, que a la derecha le pierde su fanatismo y a la izquierda. su sectarismo. Tiene mucha razón en su afirmación. Este amigo, que cree que no hay mejor futuro que el de un opositor a abogacia del Estado y que en España aún se pueden pagar más impuestos, vio porno por primera vez una tarde en el despacho de Adolfo Suárez en 1977. Este señor era azul y acabó siendo miembro del PP. Pero ese día en el despacho de Moncioa, cuando vio el nepe del actor de turno, se asusto más que cuando Tejero sacó su pistola en el Congreso de los Diputados. El lunes desenterraron a José Antonio Primo de Rivera de Cuelgamuros, el horrible nombre que le han puesto al Valle de los Caídos (lo podían haber dejado en cuelgamulos) para desacralizar y vaciarlo de historia y de muertos incómodos. Y al centroderecha lo único que se le ha ocurrido decir es que esta nueva exhumación, como la de Franco, era para distraer a los españoles de lo que de verdad les importa: la cesta de la compra, la inflación.

Más bien diría que es al revés. Que la economía, la cesta de la compra, es lo que impide a los españoles pensar en lo importante. En que está mal revolver los huesos del pasado, que por ley haya una España de buenos y malos (sin matices) y un relato que no se puede cuestionar. (Y si ya se hace con el pasado, cuanto se tardará en censurar el presente). El revisionismo es el viejo negacionismo. Pero de eso no se come; sin embargo, el precio de la leche y de la barra del pan andan disparados...

El lunes sacaron a José Antonio Primo de Rivera del Valle de los Caídos. Esa misma tarde, la izquierda volvió a anunciar que pretendía derribar el arco de la Victoria, pese a lo necesario que es para la armonía arquitectónica de Moncloa. La derecha no dijo nada más allá de hablar de la cesta de la compra (sin plan hidrológico, sin plan para la soberanía... que sería una forma coherente de presentar batalla) o de ciertos exabruptos poco delicados.

Pero estamos a final de mes. No llueve, pero los días son de ámbar y España no quiere dejar de ser alegre y faldicorta. Esa es la España que acuñó José Antonio Primo de Rivera. Esa es su victoria. Dicen que este verano será el mejor para seguir vivo.

8

Vindicación de José Antonio

Vindicación de José Antonio para El Manifiesto

España ha venido a menos por una triple división: la división engendrada por los separatismos regionales, la división engendrada por los partidos y la división engendrada por la lucha de clases. Eso decía José Antonio Primo de Rivera en el único documento audiovisual que de él se conserva. Cuando España —añadía el fundador de Falange— encuentre una empresa que le permita superar todas esas diferencias, «volverá a ser grande como en sus mejores tiempos». El análisis bebía claramente en las tesis de Ortega, entre otras, y era ampliamente compartido en la España de los años 30. El problema era cómo suturar esas tres divisiones: regiones, partidos, clases. La II República, evidentemente, fracasó de manera trágica en el intento. Aún peor: estimuló todas esas divisiones. El resultado fue una guerra civil. Y en el curso de esa guerra civil, el Frente Popular fusiló a José Antonio.

A José Antonio Primo de Rivera lo fusilaron un 20 de noviembre de 1936 por conspiración y rebelión. La verdad es que el fundador de Falange llevaba en la cárcel desde el mes de marzo. Lo habían encerrado por posesión ilegal de armas, argumento que no dejaba de ser hilarante en una España donde todo el mundo llevaba armas,

especialmente las milicias de la izquierda. Después, el Gobierno del Frente Popular puso especial empeño en que permaneciera en prisión. Cuando estalló la guerra, se le sometió a una parodia de juicio según el modelo bolchevique implantado por los socialistas y sus socios. Un jurado de milicianos le condenó a muerte. El gobierno de Largo Caballero desoyó cualquier petición de indulto. Así José Antonio se convirtió en la víctima por antonomasia: condenado por unos delitos que no tuvo oportunidad de cometer.

Hoy, ciento veinte años después de su nacimiento, ochenta y seis años y medio después de su asesinato, sesenta y cuatro años después de su inhumación en el Valle de los Caídos, el Gobierno de Pedro Sánchez ha forzado la exhumación del cadáver de José Antonio. Dicen las fuentes gubernamentales que es una forma de «cerrar heridas». ¿Demencia o desfachatez? Ambas cosas. También ignorancia. La televisión pública adornaba esa misma mañana la información del suceso con un retrato de...



Miguel Primo de Rivera, su padre. Qué grotesco todo, qué infame esperpento.

Sobre la víctima. José Antonio fue asesinado en 1936. Pronto hará 90 años. Es decir que hace falta una psicología un tanto particular —enferma— para convertirlo en un enemigo político vigente. Hoy José Antonio es, ante todo, el

testimonio de un tiempo —un tiempo pasado—. Uno de los mejores escritores de su generación, sin duda. Un líder con singular capacidad de atracción, también. Un depósito de ideas que siguen siendo sugestivas. Y un perfecto ejemplo de la tragedia de un tiempo y un país. Pero no un oponente político. Lo racional sería mirarlo con los ojos de la Historia. Pero nada en la caterva que nos gobierna es racional, ni siquiera su voluntad de poder. O quizá sí, quizá exista una suerte de racionalidad perversa (pervertida) en esa calculada siembra de odio que permite manipular los peores instintos del ser humano.

Sobre las exhumaciones. La cultura, como es sabido, descansa en el culto a los muertos. Es lo que da la medida de la hominización.

Una sociedad que profana tumbas y despoja a los cadáveres es una sociedad bárbara. Cuando a Carlos I, vencedor, le ofrecieron abrir la tumba de Lutero en Wittenberg, se negó en redondo: habría sido un gesto profundamente indigno. «Ha encontrado su juez. Yo hago la guerra contra los vivos, no contra los muertos», dicen que dijo el César. Sólo las hordas revolucionarias (jacobinas, bolcheviques, etc.) han

encontrado placer en esas cosas. Normalmente, antes de terminar matándose a sí mismas.

Sobre los profanadores. Son gente lamentable, sin duda, pero aún más lamentable es el rebaño que bala tras el burro. Es profundamente indignante la impostura de esa gente que se envuelve en banderas rojas mientras vende el país a los fondos de inversión transnacionales, a los separatistas de todo color o al mismísimo rey de Marruecos si hace falta. Y casi duele la irracionalidad ciega de esos que se dejan engañar por los fulleros para saciar sus instintos de rencor y furia. Estamos viviendo una apoteosis del mal y de la ignorancia. Objetivamente, nos hallamos en uno de los momentos más bajos del nivel histórico de los españoles.

Y sobre los cómplices. Si, los cómplices. Porque nada de todo esto habría sido posible sin la anuencia pastueña de la Conferencia Episcopal, de esa Iglesia que, para desolación de los fieles, coadyuva en la profanación de las tumbas en sagrado. El signo distintivo de la Iglesia del siglo XXI es la traición a los cruzados.

«España ha venido a menos por una triple división...». ¿José Antonio Primo de Rivera? Presente, después de todo.

9

José Antonio, eterna víctima del odio

Arnaud Imatz para La Gaceta

De Carlos V se dice que cuando sus tropas vencieron en Mühlberg (1547), algunos de sus consejeros le incitaron a exhumar y entregar a la hoguera los restos de Luther que estaba en la capilla del castillo de dicha ciudad. Magnánimo, el emperador se limitó a contestar «Ha encontrado su juez. Yo hago la guerra contra los vivos, no contra los muertos». Pero el respeto por el lugar de descanso de los muertos y el deseo de reconciliación y fraternización ya no parecen estar a la orden del día. La última vuelta de tuerca en el asunto del Valle de los Caídos, con la exhumación de los restos de José Antonio Primo de Rivera, finalmente decidida por su familia ante la presión de las autoridades y para evitar la profanación de la sepultura por manos extranjeras, es una nueva llamativa demostración de ello. El error, para muchas personas de buena voluntad, ha sido persistir en la espera de acciones sublimes cuando la fuente de lo sublime se ha secado. ¿Pero por qué tanta hostilidad, resentimiento y odio contra «José Antonio»? ¿Quién era realmente el fundador de la Falange?

Para los artesanos de la historiografía dominante, neosocialistas o neoliberales autoproclamados “progresistas”, la respuesta es tan simplista como reiterativa: era «un fascista, hijo de un dictador», y el caso está cerrado. Después de treinta y cinco años

de propaganda «conservadora» o franquista seguida de casi medio siglo de propaganda «progresista», y a pesar de la impresionante bibliografía existiendo sobre el tema, «José Antonio» sigue siendo lamentablemente el gran desconocido o el mal conocido de la historia contemporánea de España. Para sus adversarios, admiradores del Frente Popular, a menudo glosadores ocultos de los mitos de la Komintern, el joven fundador de la Falange, habría sido una especie de niño de papá, un cínico admirador del fascismo italiano, un pálido imitador de Mussolini. En el mejor de los casos, habría sido un espíritu contradictorio, ambiguo, que habría buscado en el fascismo la solución a problemas personales y afectivos. Peor aún más, habría sido un esbirro del capital, una personalidad autoritaria, antidemocrática, ultranacionalista, desprovista de cualquier cualidad intelectual, un demagogo, arrogante, violento, racista y antisemita. Y a esta absurda y grotesca acusación, se suman los agravios de sus adversarios de derechas. Según ellos, habría defendido una política conscientemente catastrófica, una estrategia guerra civilista. En cualquier caso, habría sido una personalidad descarriada, cuya aportación a la vida política habría sido nula, marginal o negativa en la medida en que habría acelerado el desastre nacional. Algunos añaden, por si fuera poco, que la presencia de José Antonio en el bando nacional, en plena guerra civil, no habría cambiado el curso de los acontecimientos. Podría haberse enfrentado a los militares, dicen, pero éstos lo habrían encarcelado o incluso ejecutado. Si hubiera sobrevivido y tenido más éxito, «lo más probable es que se hubiera desacreditado por completo». Y no dudan en constatar lo que llaman una «contradicción entre el falangismo joseantoniano y el catolicismo», concluyendo, sin vacilar, “como dice la Biblia, el que a hierro vive, a hierro muere”. Pero afirmar no es demostrar.

Hace casi medio siglo que me opongo a esta historia caricaturesca, maniquea o de telenovela, a estos esquemas reductores contradichos por una masa considerable de hechos, documentos y testimonios. Sé que la mera consideración de valores, hechos o documentos, que contradicen la opinión de tantos historiadores supuestamente científicos (o mejor dicho militantes camuflados), conduce ipso facto, en el mejor de los casos, al silencio y al olvido, y en el peor, a la caricatura, a la exclusión, al insulto, a la acusación de complacencia, de legitimación calculada, o incluso de apología encubierta de la violencia fascista. Pero no importa, lo principal es decir lo que hay que decir. Una obra, un estudio histórico vale por su rigor, su grado de verdad, su valor científico.

Una vez leída gran parte de la inagotable literatura hostil, hay que tomarse la molestia de acudir a las fuentes primarias. En mi caso, el estudio minucioso de las *Obras Completas* y el análisis riguroso de los documentos y testimonios de la época me abrieron los ojos. Hace mucho tiempo que los tópicos habituales sobre José Antonio Primo de Rivera, su persona y sus actos, o la repetición de fórmulas y

afirmaciones truncadas o sacadas de contextos para mostrar la pobreza de sus análisis y la debilidad de su pensamiento han dejado de impresionarme.

¿Cómo dar un mínimo de credibilidad a autores que callan, ignoran o descartan centenares de testimonios equilibrados? ¿Por qué la antología de opiniones de personalidades de todo pelaje, publicada por Enrique de Aguinaga y Emilio González Navarro, *Mil veces José Antonio* (2003) es tan cuidadosamente ignorada por tantos



supuestos “especialistas”? ¿Por qué Miguel de Unamuno, el mayor filósofo liberal español de la época con Ortega, habría visto en José Antonio «un cerebro privilegiado tal vez el más prometedor de la Europa contemporánea»? ¿Por qué Salvador de Madariaga, famoso historiador liberal y antifranquista, lo habría definido como una

personalidad «valiente, inteligente e idealista»? ¿Por qué conocidos políticos, como los socialistas y anarquistas Félix Gordón Ordás, Teodomiro Menéndez, Diego Abad de Santillán e Indalecio Prieto, o renombrados intelectuales liberales y conservadores, como Gregorio Marañón, Álvaro Cunqueiro, Rosa Chacel, Gustave Thibon o Georges Bernanos, habrían rendido homenaje a su honradez y sinceridad? Por qué el más famoso hispanista francés, miembro del Instituto, Pierre Chaunu, gran conocedor del gaullismo habría establecido un sorprendente paralelismo entre el pensamiento de Charles de Gaulle y el de José Antonio nada menos que en un extenso artículo de *Le Figaro* (4-5 de septiembre de 1982)?

José Antonio, en cuanto precursor y en eso discípulo de Ortega y Gasset, ya denunciaba hace noventa años las dos formas de hemiplejía moral: «El ser ‘derechista’ como el ser ‘izquierdista’, supone siempre expulsar del alma la mitad de lo que hay que sentir. En algunos casos es expulsarlo todo y sustituirlo por una caricatura de la mitad». Quería crear y desarrollar un movimiento político animado por una doctrina sintética, que abarque todo lo positivo y rechace todo lo negativo de la derecha y de la izquierda, implantar una profunda justicia social para que el pueblo pueda volver a la supremacía de lo espiritual. La dimensión metafísica, religiosa y cristiana, el respeto a la persona humana, el rechazo a reconocer al Estado o al Partido como valor supremo, el antimachiavelismo y la fundamentación no hegeliana sino clásica del Estado, son elementos distintivos de su pensamiento. Por su sentido de la justicia, de la

solidaridad, de la unidad en el respeto de la diversidad y su fuerte sentido del deber, José Antonio es a la vez un tradicionalista y un revolucionario.

Pretendía llevar a cabo un proyecto sin duda demasiado idealista por su época: quería nacionalizar la banca y los grandes servicios públicos, asignar la plusvalía del trabajo a los sindicatos, realizar una profunda reforma agraria en aplicación del principio: «La tierra es de quien la trabaja», y crear una propiedad familiar, comunal y sindical. Quería instaurar una propiedad individual, familiar, comunal y sindical, todas con derechos similares.

¿Era su programa reformista o revolucionario, realista o utópico? Se puede debatir, pero lo que no se puede decir es que careciera de apertura, generosidad y nobleza. El nacional-sindicalismo de José Antonio fracasó estrepitosamente, pero, al fin y al cabo, porque fue víctima tanto del resentimiento, el sectarismo y el odio de la izquierda como del egoísmo, la arrogancia y el inmovilismo de la derecha. Censurado, insultado, caricaturizado, encarcelado (tres meses antes del alzamiento del 18 de julio) y fusilado por las izquierdas marxistas y anarquistas el 20 de noviembre de 1936, tras una parodia de juicio, el fundador de la Falange, que había sido burlado y duramente criticado por los conservadores y liberales antes de la guerra, fue recuperado, manipulado, tergiversado y finalmente ejecutado y enterrado por segunda vez por las derechas franquistas.

El buen conocedor de la filosofía española Alain Guy y el politólogo Jules Monnerot, por citar sólo a dos prestigiosos académicos e intelectuales extranjeros, decían que el falangismo Joséantoniano no podía en rigor reducirse sólo al «fascismo», es decir, para los historiadores y politólogos serios, a un cierto modelo que designe las imperfectas similitudes que pueden establecerse entre los fenómenos italiano y alemán. Y tampoco decían puede reducirse al franquismo, régimen e ideología cuyo carácter ha sido ante todo conservador y autoritario. Yo desde luego no pongo un signo de igualdad entre, por un lado, el falangismo de José Antonio, el fascismo italiano, el conservadurismo revolucionario alemán (antes de que Hitler se haya hecho con el poder) y, por otro, las tres grandes histerias del siglo XX: el racismo nacionalsocialista, el economicismo salvaje del neoliberalismo o, el que sin duda mató a más gente que los dos anteriores, el socialismo marxista.

Esto dicho, se debe subrayar que José Antonio actuó en un tiempo y en un espacio determinados. Su pensamiento no es enteramente reductible al contexto histórico-cultural, pero no puede servir para dar respuestas concretas a cuestiones actuales. Además, contiene elementos discutibles, por no decir hoy en día inaceptables. Así por ejemplo su teorización de la minoría “ilustrada”, estructurada en clubes o partidos, que serían los actores del desarrollo y de la revolución en nombre

del pueblo es claramente marcada y contaminada por las concepciones totalitarias heredadas del jacobinismo liberal y del socialismo marxista.

El personalismo cristiano del fundador de la Falange se acerca mucho al pensamiento de los no-conformistas franceses de los años 30 (Robert Aron, Arnaud Dandieu, Jean de Fabrègues, Jean-Pierre Maxence, Daniel-Rops, Alexandre Marc, Thierry Maulnier, Emmanuel Mounier o Denis de Rougemont) que tanto influjo en el futuro presidente de la República francesa Charles de Gaulle [Y no menos interesante es la conexión que se puede hacer con el pensamiento del fundador de Fianna Fail, presidente de la república irlandesa, Éamon de Valera].

El 90%, si no la totalidad, de las ideas personalistas de los no-conformistas franceses de los años treinta, ideas en su mayoría de sorprendente actualidad, y que impregnaron al principio los círculos más originales del régimen de Vichy, así como los de la mayoría de las redes de la Resistencia no comunista, eran compartidas por el joven líder de la Falange.

Para convencerse de ello, basta con recordar aquí las ideas clave de dicha corriente personalista francesa. En primer lugar, está la crítica a la democracia representativa, parlamentaria, que es sinónimo de mentira, de falta de carácter, de compromiso, de control de la prensa y de los mecanismos democráticos, y de un régimen en manos de una oligarquía de hombres ambiciosos y ricos. Luego está el anticapitalismo, cuyas raíces son filosóficas y morales antes que económicas o políticas. Está la crítica virulenta del «laissez faire, laissez passer», que tiene como consecuencia la transformación de la sociedad en una verdadera jungla en la que se desatienden radicalmente las exigencias del bien común y de la justicia. Esta la denuncia de la sumisión del consumo a las exigencias de la producción, sometida a su vez al beneficio especulativo. Esta el rechazo de la primacía absoluta del beneficio y de la especulación financiera, así como de la dominación de los bancos y de las finanzas. Está el rechazo de la usura como ley general, del triunfo del dinero como medida de toda acción y valor humanos. Está por fin el reproche de atacar la iniciativa y la libertad, de matar la propiedad privada concentrándola en cada vez menos manos: «El liberalismo es el zorro libre en el gallinero libre».

Esta corriente personalista, no-conformista francesa se declaraba «ni de derechas ni de izquierdas», «ni comunista ni capitalista»; quería luchar por la “dignidad de la persona humana”, por los «valores espirituales» y defendía «la Tercera vía»; quería ampliar la propiedad individual multiplicando la propiedad colectiva no estatal; quería reorganizar el crédito confiándolo a bancos gestionados por organismos profesionales o grupos de consumidores. Su principal queja contra el capitalismo se resumía en dos palabras: materialismo e individualismo. “Beber, comer y dormir, es

suficiente”, en esto, afirmaban los no-conformistas, el marxismo no rompe con el capitalismo, sino que prolonga sus defectos. El objetivo último al que se debía aspirar no era la felicidad, la comodidad y la prosperidad, sino la realización espiritual del hombre. Defendían simultáneamente la necesidad de una revolución de las instituciones, una revolución económica y social y una revolución espiritual. Para ellos lo fundamental era la idea de que cualquier trastorno de las estructuras sería inútil si no iba acompañado de una transformación moral y espiritual del hombre, empezando por la de los partidarios de esa revolución que se avecinaba.

Este brevísimo repaso del espíritu personalista de los no-conformistas franceses de los años 1930, lleva a la conclusión de que no hay una sola propuesta formulada por ellos que no encuentre eco en los escritos y discursos de José Antonio. Primo de Rivera no era ni hegeliano, ni racista, ni antisemita. No situaba al Estado ni a la raza en el centro de su cosmovisión, sino al hombre como portador de valores eternos, capaz de salvarse o perderse. No defendía una revolución materialista y totalitaria (colectivista-clasista, estatista o racista), que pretende reducir la realidad social y espiritual a un modelo único, sino una revolución espiritual, total, a la vez moral, política, económica y social, una revolución cristiano-personalista, integradora de todos y al servicio de todos.

La influencia de la ideología fascista italiana en su pensamiento y estilo es innegable, pero también se encuentran en ellos otros influjos muy importantes como el tradicionalismo, el liberalismo, el anarquismo o el socialismo-marxista. Muchos juzgan con severidad la admiración joséantoniana por Mussolini. Y es cierto que, al principio de su breve carrera política, al igual que muchos políticos e intelectuales de su época, como Churchill o Mounier, mostró una verdadera estima e incluso entusiasmo por los logros sociales del Duce. Pero no hay que olvidar que el totalitarismo de Estado del régimen de Mussolini fue al final infinitamente menos sangriento que el totalitarismo de clase o de raza. Todas las ideologías modernas han sido fuente de crímenes descarados, y ninguna puede pretender ser más humana que las demás. Pero hay grados de horror, y a la hora de juzgar al fundador de la Falange, se debe exigir un mínimo de decencia y rigor.

Varios autores se han aventurado a establecer un paralelismo entre José Antonio y la figura más emblemática del romanticismo revolucionario del siglo XX, el guerrillero leninista-maoísta Ernesto Guevara. Las similitudes son sin embargo imperfectas. Ambos exaltan las virtudes del valor, la lealtad y la fidelidad. Ambos simbolizan el desinterés de la juventud. Ambos desprecian el lujo, los gustos suntuarios y la ostentación de riqueza. Ambos rechazan el orden económico y social en el que sólo reina el dinero, en el que la sociedad se abandona a las únicas reglas del beneficio y del egoísmo triunfante, con sus inevitables corolarios de especulación,

codicia y corrupción. Ambos ignoran el miedo, desdeñan el dinero y les mueve la pasión por el deber. Pero las similitudes acaban ahí.

José Antonio es un católico convencido. El Che, carece de preocupaciones metafísicas y es hostil a toda creencia religiosa. Materialista, ateo, Ernesto Guevara desprecia lo que Nietzsche denunciaba como «las debilidades del cristiano». El fanatismo, el sectarismo, la dureza, el odio al Otro, la demagogia revolucionaria son rasgos que el Che comparte con Robespierre, Lenin, Hitler, Stalin o Mao. Lo más terrible del Che es la mezcla de ascetismo personal y capacidad para flagelar a los demás, la certeza de tener siempre la razón, el odio abstracto, la fría crueldad política. Los amigos sólo son amigos para él mientras piensen políticamente como él. Al igual que su maestro Lenin, la lucha política legitima todos los medios: la astucia, la manipulación, el cinismo, la violencia extrema, los insultos, las invectivas, las injurias, la difamación, las subvenciones al enemigo de la patria, el robo de herencias, los atracos y las ejecuciones sumarias. El Che ama a las personas no como son, con sus grandezas y debilidades, sino como la revolución las habría transformado. Es un ángel exterminador. Le resulta más fácil expresar sus sentimientos por la muerte de un animal que por la de un enemigo. Es difícil imaginar a José Antonio ordenando la ejecución sumaria de más de cien opositores, como hizo el Che en la fortaleza de La Cabaña. Es igual de difícil imaginarlo escribiendo, como Lenin a Gorki (el 15 de septiembre de 1922), estas repugnantes líneas sobre los intelectuales para deplorar el retraso en sus ejecuciones: «Los intelectuales, lacayos de la burguesía, se creen el cerebro de la nación. En realidad, no son su cerebro, son su mierda».

José Antonio tenía sentido de medida y equilibrio; sabía que en política el rechazo absoluto a cualquier compromiso (que no es el abandono de los principios por oportunismo) conduce siempre al terror implacable. Como republicano y demócrata de razón, rechazaba cualquier nostalgia del pasado, monárquico conservador o reaccionario. No tenía más el gusto excesivo del militar por el orden y la disciplina que la atracción irresistible del actor o el artista por el escenario y la comedia. No era ni Franco ni Mussolini. Por tonto que parezca, José Antonio tenía una marcada inclinación por la bondad; una «bondad de corazón», como bien subrayaba el maestro Azorín, que, unido a una elevada concepción de la justicia y el honor, un incuestionable valor físico, una constante preocupación intelectual, un carisma o magnetismo de líder y, en fin, un agudo sentido del humor, le hacían inevitablemente simpático.

A diferencia de los utopistas jacobinos y socialistas-marxistas, José Antonio quería basar su sistema en el individuo y defender las especificidades culturales, regionales y familiares. No pretendía hacer del Otro, un Yo Otro, sino simplemente aceptarlo, comprenderlo y convencerlo de que colabore con él por el bien de toda la comunidad

nacional. Cuando estalla la Guerra Civil, ante la avalancha de odio y fanatismo, de hierro y sangre, resiste y se levanta casi solo. Ofrece su mediación en un último intento de detener la barbarie. Pero era una causa perdida, y fue rechazado. Muere con dignidad, sin odio, con el alma serena, como un héroe cristiano, en paz con Dios y con los hombres. Escribe en su testamento: «Perdono con toda el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico». En la política del siglo XX abundan las personalidades notables, pero a duras penas se encuentran más nobles. Era una especie de último caballero cristiano.

Dicho esto, históricamente, el mérito de José Antonio es haber intentado asimilar críticamente, desde una posición profundamente cristiana, la revolución socialista al mismo tiempo que desvinculaba los valores espirituales y comunitarios de la derecha reaccionaria. Y una de sus características más originales fue aparecer en la escena política de su tiempo con una nueva retórica, una nueva forma de formular la política, con un lenguaje original y atractivo para los jóvenes.

Conviene detenernos ahora en las acusaciones de violencia y antidemocracia que se suelen hacer contra él. Invariablemente se le reprocha la frase que él mismo calificó de desafortunada: «Cuando se ofende a la justicia y a la patria, no hay más dialéctica admisible que la de los puños y las pistolas». Pero es necesario citarla entera y ponerla en perspectiva. No hay que olvidar las constantes declaraciones exaltadas, incendiarias y antidemocráticas de sus adversarios, empezando por las del «Lenin español», el socialista, marxista revolucionario Largo Caballero.

«Contextualicemos» pues, la supuesta violencia joseantoniana. La Falange joseantoniana fue responsable de unos sesenta a setenta atentados mortales entre junio de 1934 y julio de 1936. Pero, al mismo tiempo, sufrió cerca de 90 muertes en sus filas (Hubo 2000 a 2500 muertos durante la Segunda República). Desde el día siguiente a su fundación, en octubre de 1933, la Falange Joséantoniana sufrió una docena de atentados mortales. No se trataba de peleas callejeras, sino de atentados terroristas perpetrados por socialistas, comunistas y anarquistas, para eliminar físicamente a los vendedores ambulantes del semanario FE. La imagen propagandística de Falange Española (FE) como el principal grupo cuya acción terrorista provocó la Guerra Civil es radicalmente falsa. Fue por su negativa a entrar en el ciclo de la violencia durante meses por lo que José Antonio fue apodado por las derechas «Simón el Enterrador», y por lo que su partido y sus militantes recibieron los sobrenombres de «Funeraria Española» (FE) y «Franciscanistas». En realidad, la Falange Joséantoniana sólo reaccionó violentamente tras ocho meses de espera. El detonante fue la muerte, el 10 de junio de 1934, de un estudiante falangista de 17 años, Juan Cuéllar, asesinado en la Casa de Campo por un grupo de socialistas madrileños. Para colmo de males, la

militante socialista Juanita Rico orinó sobre el cadáver de su víctima, y el padre del joven Cuéllar no pudo reconocer el rostro de su hijo porque había sido pisoteado, aplastado y deformado.

En realidad, una exposición de los hechos que pase por alto la bolchevización o radicalismo revolucionario del Partido Socialista, el desarrollo del aparato paramilitar socialista y comunista, la incoherencia de los republicanos liberales y el inmovilismo reaccionario de los conservadores, para intentar demostrar mejor que la Falange joseantoniana fue la causa principal de la violencia durante la República y, en consecuencia, del estallido final, es sencillamente fraudulenta. La violencia nunca fue un postulado del ideal joseantoniano. Es declaradamente una violencia empleada para repeler la agresión o para defender derechos o verdades intemporales («el pan, la patria y la justicia») cuando se han agotado todas las demás instancias.

Anticapitalista, antisocialista y antimarxista, José Antonio lo era sin duda. Pero ¿era antiparlamentario y antidemocrático? Esto es altamente discutible. ¿Por qué habría dicho entonces: “Pero si la democracia como forma ha fracasado, es, más que nada, porque no nos ha sabido proporcionar una vida verdaderamente democrática en su contenido. No caigamos en las exageraciones extremas, que traducen su odio por la superstición sufragista, en desprecio hacia todo lo democrático. La aspiración a una vida democrática, libre y apacible será siempre el punto de mira de la ciencia política, por encima de toda moda”? Es ridículo transponer al pasado la imagen actual de la democracia española. La situación presente no puede compararse con la del periodo anterior a la Guerra Civil. Entonces había muchos revolucionarios y conservadores convencidos, pero poquísimos demócratas tolerantes y pacíficos. El respeto al Otro no estaba a la orden del día.

¿Fue José Antonio un golpista, como afirman tantos autores? Es bien sabido que los golpes de Estado o golpismo, de carácter moderado o progresista (mucho más raramente conservador), fueron un rasgo definitorio de la vida política en España (y también en gran parte de Europa) durante el siglo XIX y principios del XX. Después de 1820, se produjeron en la Península no menos de 40 grandes pronunciamientos o golpes de Estado, y cientos de muy pequeños. Que José Antonio estuviera marcado e incluso contaminado por la tradición golpista del liberalismo decimonónico y por la doble tradición golpista del anarquismo y el socialismo de principios del siglo XX es más que probable. Pero lo cierto es que su efímero e incongruente proyecto de «insurrección», expuesto una sola vez en la reunión de Gredos (junio de 1935), nunca fue más que una respuesta circunstancial, teórica e imaginaria -sin el menor principio de aplicación- a la seria insurrección socialista de octubre de 1934.

Quiénes eran los verdaderos teóricos y técnicos de la dictadura desde finales del siglo XIX, sino los epígonos de la tradición pretoriana del liberalismo español decimonónico, como el republicano-demócrata Joaquín Costa, por no hablar de los socialistas y marxistas que entonces eran abiertamente doctrinarios o defensores de la dictadura del proletariado o, por decirlo con más precisión, de la dictadura del Partido sobre el proletariado. José Antonio no dudaba de que el pueblo fuera soberano. Quería mejorar la participación de todos los ciudadanos en la vida pública. Pero a la democracia individualista y liberal, a la democracia colectivista y popular, prefería la democracia orgánica, participativa y referendaria, que en su opinión era más capaz de acercar el pueblo a los gobernantes. En la Europa del periodo de entreguerras, esta elección parecía a muchos posible, equilibrada y razonable. Además, si esta opción no hubiera sido considerada por muchos como realista y bien pensada, ¿por qué tantos dirigentes posteriores, muy conocidos, cuyas convicciones políticas están reñidas con las de José Antonio, como el primer Fidel Castro o el presidente del gobierno José María Aznar, habrían sido en su juventud lectores atentos y admiradores de las *Obras Completas*?

En contra de lo que tantas veces se repite, José Antonio admiraba, incluso con cierta ingenuidad, la tradición parlamentaria británica. Algunos militantes falangistas, que no apreciaban las intervenciones del fundador de la FE en el Parlamento, se apresuraron a criticar su «excesivo gusto por los debates parlamentarios». La realidad, es que José Antonio era partidario de la democracia orgánica, como lo eran Julián Sanz del Río, Nicolás Salmerón, Fernando de los Ríos, Salvador de Madariaga o Julián Besteiro, por citar sólo a algunos autores liberales y socialistas españoles.

Por otra parte, José Antonio quería ser y decía ser mucho más patriota que nacionalista. La nación no es, a su juicio, una raza, una lengua, un territorio y una religión, ni un simple deseo de vivir juntos, ni la suma de todo ello. Es ante todo «una entidad histórica, diferenciada de las demás en lo universal por una propia unidad de destino». No somos nacionalistas, dice en Madrid (en noviembre 1935), «porque ser nacionalistas es una pura sandez; es implantar los resortes espirituales más hondos sobre un motivo físico, sobre una mera circunstancia física; nosotros no somos nacionalistas porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos».

Algunos autores han pretendido detectar en José Antonio una evolución y un acercamiento tardío, casi in extremis, a las tesis de la Alemania nacionalsocialista. Se basan para ello en un texto, fechado el 13 de agosto de 1936, *Germánicos contra bereberes* escrito en plena guerra civil en su celda de Alicante y encontrado en sus papeles después de su muerte. Expresa en él una visión etnocultural superficial, reductora y que no resiste a una crítica histórica rigurosa. Pretende explicar la Reconquista como un enfrentamiento entre dos arquetipos, el «espíritu germánico» y

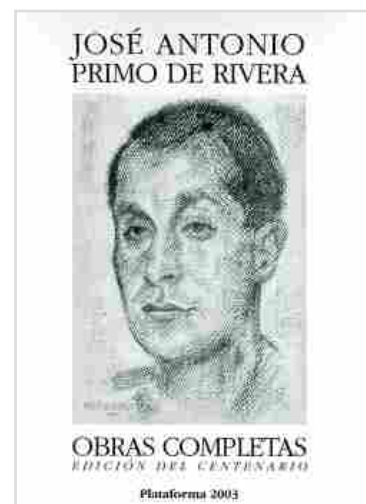
el «espíritu bereber», pero al mismo tiempo parece reconocer la fusión hispanorromana-visigoda. Este artículo contiene inexactitudes y afirmaciones que fueron más tarde totalmente desmentidas y refutadas en su testamento. No obstante, conviene recordar aquí que ese tipo de interpretación etnocultural estaba muy extendida en su época y entre autores con convicciones encontradas. La mayoría de los historiadores de los Estados-nación pensaban sus orígenes en una oposición entre nativos y conquistadores. Así, la historiografía de Francia osciló constantemente entre la tesis de un origen franco (Clodoveo, el rey franco) y la de un origen celta y galo (Vercingetórix) o galorromano cuando se tenía en cuenta a Roma. Para el aristócrata Montesquieu, las libertades eran de origen germánico... Así las cosas, y volviendo al supuesto racismo del artículo *Germanicos contra bereberes*, conviene recordar que la misma acusación abusiva podría hacerse contra los textos de Ortega y Gasset, Américo Castro o Sánchez-Albornoz.

José Antonio era claramente antiseparatista, pero no sucumbió a la tentación jacobina y centralista. Eso lo demuestra su discurso ante el Parlamento el 30 de noviembre de 1934. «[...] es torpe la actitud de querer resolver el problema catalán reputándolo de artificial [...] Cataluña existe con toda su individualidad, y muchas regiones de España existen con su individualidad, y si queremos dar una estructura a España, tenemos que arrancar de lo que España en realidad ofrece [...] Por eso soy de los que creen que la justificación de España está en una cosa distinta: que España no se justifica por tener una lengua, ni por ser una raza, ni por ser un acervo de costumbres, sino que [...] España es mucho más que una raza y es mucho más que una lengua [...] es una unidad de destino en lo universal [...] Por eso entiendo que cuando una región solicita la autonomía, [...] lo que tenemos que inquirir es hasta qué punto esta arraigada en su espíritu la conciencia de la unidad de destino; que si la conciencia de la unidad de destino está bien arraigada en el alma colectiva de una región, apenas ofrece ningún peligro que demos libertades a esa región para que, de un modo o de otro, organice su vida interna».

Recordemos de pasada el supuesto machismo o antifeminismo de José Antonio por haber expresado alguna vez el deseo de una «España alegre y faldicorta». Quizá merezca la pena recordar aquí el nombre de una de las figuras más destacadas del feminismo español la abogada Mercedes Formica. Fue responsable de la profunda reforma del Código Civil español a favor de los derechos de la mujer en 1958. En los años 30 había sido una falangista de primera hora y a lo largo de toda su vida se declaró fiel discípula de José Antonio (el cual la nombro delegada nacional del SEU y miembro de la Junta política), lo que le vale hoy ser víctima de una acérrima omertá. En sus *Memorias* Formica barre de un plumazo el mito propagandístico de un José Antonio antifeminista demostrando su falsedad y engaño.

En cuanto al cacareado imperialismo del fundador de FE, los argumentos para defenderlo son también muy frágiles. No se encuentra reivindicación territorial alguna en las *Obras Completas*. Según José Antonio, en el siglo XX, el imperio español sólo podía ser de carácter espiritual y cultural. Ni que decir que en vano se buscarían en sus palabras connotaciones antisemitas o racistas. Utilizo cinco veces, no sin error y torpeza, el término «Estado total» o «totalitario», pero lo hizo claramente para significar su deseo de crear un «Estado para todos», «sin divisiones», «integrador de todos los españoles», «instrumento al servicio de la unidad nacional».

Igualmente, sorprendente es la opinión de José Antonio sobre el fascismo. La expresó sin ambigüedad en un escrito de 1936: «El fascismo pretende resolver la inarmonía entre el hombre y su contorno absorbiendo al individuo en la colectividad. El fascismo es fundamentalmente falso: acierta al barruntar que se trata de un fenómeno religioso, pero quiere sustituir la religión por una idolatría». En cuanto a sus convicciones católicas, no pueden cuestionarse. La última y más clara manifestación de ello se encuentra en el testamento ya citado que escribió el 18 de noviembre de 1936, dos días antes de su ejecución.



La Falange joseantoniana es una variante de las ideologías de la Tercera vía, que muchos doctrinarios, teóricos y políticos han defendido o defienden desde finales del siglo XIX. Históricamente, personalidades tan diversas como De Gaulle, Nasser, Perón, Chávez, Clinton o Blair se han referido a la Tercera vía. Pero sus filiaciones, a pesar de las apariencias a veces engañosas, no son las mismas. Hay dos hilos políticos distintos, dos direcciones que nunca se encuentran. Más allá de tiempos, lugares, palabras y hombres, los partidarios de la auténtica Tercera vía persiguen incansablemente la superación del pensamiento antinómico. Quieren, como decía José Antonio, tender un puente entre Tradición y Modernidad. La síntesis-superación, la necesidad de reconciliación en forma de superación, es para ellos el objetivo principal de toda gran política. Ahí está la raíz del odio casi metafísico de sus adversarios. Dicho esto, dado que el pensamiento de José Antonio constituye uno de los miembros de la vasta familia de las ideologías de la Tercera vía, es tanto más legítimo plantearse la pregunta: «¿Qué nos ha legado verdaderamente José Antonio? Para contestar, permítanme repetir una vez más las palabras del filósofo vasco Miguel de Unamuno que concluyen mi libro de juventud *José Antonio: entre odio y amor Su historia como fue*, prologado por Juan Velarde Fuertes: «Nos ha legado a sí mismo, y un hombre vivo y eterno vale todas las teorías y filosofías».

Pese a que no aparece rúbrica que señale al autor del artículo, la corrección que caracterizaba a José Antonio Primo de Rivera puede percibirse entre sus líneas. Si el líder de la adaptación del fascismo italiano a los valores católicos y universales de España describía el acto de profanar la tumba de alguien en sus antípodas ideológicas como una «macabra villanía» y amenazaba a sus camaradas con la expulsión del partido, hemos de plantearnos cómo describir lo que ha hecho este 24 de abril el Gobierno del PSOE con los restos de una víctima de la Guerra Civil en tiempos de «democracia civilizada». A pesar de la magnitud intelectual que ni sus adversarios políticos negaron, José Antonio inició en España un movimiento de vanguardia —que ya era común en los años 20 y 30 en Europa— que, en realidad, en el momento de estallar la Guerra Civil Española apenas contaba con 10.000 afiliados.

Las elecciones de febrero de 1936 dieron el poder al Frente Popular, que comenzó a realizar toda una serie de movimientos destinados a reprimir y atacar a todos los partidos que se encontraran a su derecha. Así, la sede de Falange Española en Madrid fue clausurada el 27 de febrero de 1936 bajo la acusación de tenencia ilícita de armas. Con una escalada notoria de violencia, José Antonio fue detenido el 14 de marzo de 1936 junto a varios miembros de la Junta Política de Falange bajo la acusación de violar el precinto policial de la clausurada sede de su partido. Los jerarcas falangistas fueron llevados a los calabozos de la Dirección General de Seguridad. Tras ello, tanto él como sus camaradas recibieron una condena por asociación ilícita y se les trasladó a la cárcel Modelo. Mientras tanto, el Gobierno continuó clausurando sedes y periódicos de Falange, algo que no sucedió con ninguna de las otras fuerzas derechistas.

Las condenas judiciales a José Antonio continuaron incrementándose. La más importante de ellas fue la que le sentenció a cinco meses más de prisión por posesión de armas, pues la policía había encontrado varias pistolas durante un registro en su domicilio. La condena se dictó el 28 de mayo y el 5 de junio fue trasladado, junto con su hermano Miguel, a la Prisión de Alicante.

Allí, José Antonio se enteró del asesinato de Calvo Sotelo y del alzamiento militar, donde no tuvo intervención, debido a que llevaba detenido desde el 14 de marzo. Una vez iniciado el conflicto armado, José Antonio se ofreció para ir a Burgos a mediar para conseguir un armisticio.

Los puntos de su plan se conocen muy bien, pues fueron encontrados entre los papeles de su celda tras su fusilamiento. En él, llegaba a proponer la formación de un Gobierno en el que figuraban nombres como Diego Martínez Barrio, Melquiades Álvarez, Miguel Maura e, incluso, Indalecio Prieto al frente de la cartera de Obras Públicas.

La vida de José Antonio transcurrió en prisión con relativa normalidad hasta mediados de agosto de 1936. La situación cambió cuando se nombró director de la cárcel a Adolfo M. Crespo Obrios, quien registró las celdas de los hermanos Primo de Rivera y, al encontrar dos pistolas, les aisló y notificó todo a Madrid. A consecuencia de ello, Miguel y José Antonio, junto con Margarita Larios, fueron de nuevo procesados. Mientras todo esto sucedía en Alicante, los frentepopulistas habían asaltado la Modelo de Madrid y asesinado a su hermano Fernando y a su camarada Julio Ruiz de Alda, algo de lo que José Antonio no tuvo noticia debido a su aislamiento.

Fue entonces cuando el Comité de Orden Público de Alicante, a propuesta del Partido Comunista, decidió ejecutar a Miguel y José Antonio. La primera opción que se barajó fue que, con la excusa de un traslado a Cartagena, fueran “paseados”. Pero finalmente el juicio que marcaría el inicio del destino de José Antonio tuvo lugar el 3 de octubre de 1936. La Sala de Gobierno del Tribunal Supremo nombró al juez Federico Enjuto Ferrán —masón, amigo de Prieto y juez municipal al inicio de la Segunda República— para que instruyera el caso. El fiscal, Vidal Gil Tirado, fue nombrado a petición del ministro de Justicia Juan García Oliver. Ambos incidieron en la necesidad de acelerar el fusilamiento de José Antonio. Así, tras tomar el tribunal declaraciones durante las tres primeras semanas de noviembre, el día 18 José Antonio fue condenado a muerte por rebelión militar —a pesar de no haber estado implicado en el alzamiento— y, al alba del día 20, fusilado.



Cuando el amanecer dejaba ver los primeros rayos de luz del día 20 de noviembre, José Antonio sucumbió ante las balas al grito de “¡Arriba España!”. Su cuerpo fue arrojado a una fosa común en el cementerio de Alicante y, al caer la ciudad en manos de los nacionales, sus camaradas quisieron dar con sus restos para otorgarles una sepultura digna. En primer lugar, se le trasladó a un nicho propio en el cementerio alicantino y, con el fin de la guerra, su féretro fue envuelto en seda negra y trasladado

a hombros hasta el monasterio de San Lorenzo del Escorial, en un trayecto que duró más de diez días.

Camaradas y amigos de José Antonio, como Serrano Suñer o Sánchez Mazas, cargaron con su ataúd y, el 30 de noviembre de 1936, sus restos fueron depositados a los pies del altar mayor de la basílica monasterial. El 31 de marzo de 1959, esta vez envuelto en la bandera rojinegra con el yugo y las flechas, su cuerpo fue movido de nuevo para ser alojado en el Valle de los Caídos.

La profanación motivada por el Gobierno del PSOE, partido implicado en su enjuiciamiento y ejecución, ha causado el quinto entierro de José Antonio. Sin embargo, allí donde reposen sus huesos siempre habrá cinco rosas rojas que recuerden al poeta que fue y al que la historia ha dado su lugar. Él mismo nos enseñó que a los pueblos no los han movido nunca más que lo poetas y que, frente a la poesía que destruye, siempre triunfará la poesía que promete.

II

José Antonio, el hombre al que no dejan descansar en
paz

Luis E. Togores y Gustavo Morales para El Debate

Pocos protagonistas de la historia de España han tenido cinco entierros que hallan despertado tanta atención como los de José Antonio Primo de Rivera. Un hombre joven, asesinado a los 33 años, y con una vida dedicada a la política que no llega a los seis años de actividad. Sin lugar a dudas el atractivo de José Antonio Primo de Rivera viene, no por ser el hijo del Dictador, sino por el soplo de aire fresco que insufló a la turbia atmósfera de la II República al ser el principal fundador de un movimiento político, de carácter fascista, como exigía el periodo entreguerras, que, contra todo pronóstico, estaba llamado a cambiar la Historia de España.

Cuando estalló la Guerra Civil los falangistas eran una minoría entre las minorías políticas que en aquellos tiempos poblaban el país. Que difundían sin mucho éxito un mensaje para la regeneración de España cargado de poesía, romanticismo y con un inequívoco sentido martirial de su acción en política. Antes del comienzo de la guerra y en sus primeros días, de los escasos diez mil seguidores de Primo de Rivera 3 de cada 4 cayeron asesinados a manos de socialistas, comunistas y anarquistas. Cuando fracasó el golpe militar iniciado el 17 de julio José Antonio lleva preso ya muchos meses. En la prisión de Alicante fue juzgado por un tribunal popular (es decir por un grupo de milicianos carentes de cualquier legitimidad y conocimiento de las leyes) que ya tenía decidido de antemano la suerte que iba a correr: el paredón.

Las guerras, como no puede ser de otra forma, barren las ideologías templadas y fortalecen, hacen crecer, las radicales. Para que los hermanos se maten en una guerra civil como las del 36 hace falta un ideario, unos motivos mucho más importantes que un reparto de escaños en un parlamento. Se mata y se muere por la libertad, por la fe, por la familia y por la patria.

La guerra hizo que las antes casi vacías centurias de la Falange se viesen repletas de jóvenes españoles, de derechas y no tan derechas, que veían en el pensamiento de José Antonio y de sus primeros camaradas, los camisas viejas, la solución a los males de España.



Los militares rebeldes, Franco, vieron pronto en la Falange el estilo, la ideología, el motor que debía ayudar a que su causa lograra la victoria. Pronto España se llenó de camisas azules, mientras toda la España nacional cantaba el Cara al Sol. El asesinado José Antonio se convirtió en el faro que llenaba de fe a muchos españoles al tiempo que su pensamiento de cambiar España auguraba el milagro español que iba a producirse al terminar la guerra.

José Antonio Primo de Rivera se convirtió en el héroe perfecto, pues su injusta y temprana muerte hizo que su biografía de patriotismo y sacrificio fuese ideal.

Terminada la guerra, sus ahora legión de seguidores, lógicamente quisieron recuperar y honrar su cadáver que fue tirado en una fosa de Alicante. Sus restos fueron exhumados y llevados por los falangistas, a hombros, desde Alicante hasta el monasterio de San Lorenzo del Escorial. El féretro, envuelto en terciopelo negro, recorrió a pie media España a lo largo de diez días. En los relevos llevaron las andas lo más granado del falangismo y muchos, muchísimos, falangistas de base.

El 30 de noviembre de 1939 la comitiva entraba en el Monasterio de El Escorial siendo depositados los restos del fundador de Falange a los pies del altar mayor del edificio que mandó construir Felipe II en los tiempos en que en el imperio español no se ponía el sol. Franco depositó una corona en la tumba vestido con el uniforme negro del Movimiento, un partido inspirado en gran medida en el ideario de la Falange.

El 31 de marzo de 1959, un día antes de la apertura oficial de la basílica del Valle de los Caídos, los restos de José Antonio fueron sacados del Monasterio ahora

camino de un nuevo enterramiento en Cuelgamuros. Su féretro iba depositado en las mismas andas que, caminando desde Alicante en 1939, le habían traído al Escorial. El cuerpo de Primo de Rivera fue entonces enterrado al pie del altar, en el centro de la basílica, bajo una lápida con una cruz y solo con el nombre de José Antonio. El abad de la basílica, fray Justo Pérez de Urbel, ofició una misa de Réquiem. En la tumba el ataúd fue situado en su lado izquierdo, lo que explica que los viejos falangistas colocasen hasta ahora en este lado de la lápida las cinco rosas del Cara al Sol.

Ahora su familia, no sabemos si con razón o sin ella, ha decidido sin lugar a dudas por el odio de Sánchez y sus acólitos, trasladar una vez más vez los restos del fundador de la Falange, antes de que su cadáver sea mancillado. En su nueva tumba, seguro que sus seguidores seguirán llevándole cinco rosas rojas, en la confianza de que vuelva a reír la primavera que por cielo, tierra y mar se espera.

12

La única victoria de José Antonio

Luis Sánchez-Moliní para Diario de Sevilla



Una vez me presentaron a Miguel Primo de Rivera en el Puerto de Santa María. Fue una conversación breve, pero no me quedó la menor duda de que era todo un señor, lo que se puede esperar de un campeón mundial de tiro al pichón. Pero Miguel PR no era un simple señorito ocioso. Amigo personal del Rey, fue el elegido por los reformistas

azules para presentar ante las cortes franquistas la Ley para la Reforma Política, el famoso harakiri del régimen que supuso el punto de partida de la Transición y la llegada de la democracia a España. La elección de Miguel PR no fue casual. Su condición de sobrino del que fuese el mártir por excelencia del bando nacional, José Antonio Primo de Rivera –fusilado tras una farsa de juicio–, le investía de una autoridad sanguínea y sagrada para impulsar unos cambios que iban a encontrar una feroz resistencia por parte de lo que se llamó el búnker. De alguna manera, aquello significó la única victoria de José Antonio, porque son muchos los que opinan que el fundador de la Falange hubiese evolucionado hacia posturas conciliadoras y de reencuentro entre los españoles. De hecho ya había empezado a recorrer ese camino

cuando un pelotón lo acribilló en Alicante. Nunca me cansaré de subrayar una de las frases más célebres de su testamento: “Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas cualidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia”. Ese era el peligroso fascista al que, aún hoy, persiguen algunos con saña necrófila.

Llegada la democracia, Miguel PR dejó la política. Era un hombre inteligente y sabía que, con su apellido, poco podía hacer en el nuevo tiempo que se abría. Se dedicó a las labores propias del aristócrata laborioso que era: a sus consejos de administración, sus tiros y su golf. Los restos de José Antonio, como es sabido, tras no pocos bandazos, acabaron en el Valle de los Caídos, al lado de un general con el que poco tenía que ver (y mucho menos con Queipo, al que llegó a abofetear por insultar a su padre). Ahora, con buen criterio y discreción, la familia Primo de Rivera ha decidido sacarlos y llevárselos definitivamente a un cementerio católico. Son conscientes del ambiente que reina en la Moncloa, que cada vez recuerda más a la corte encantada y fúnebre de Carlos II, y quieren evitar un manoseo innecesario de tan noble calavera. El lunes José Antonio realizará su último viaje hasta –esperemos– encontrar la paz definitiva. Miguel PR murió en 2018 y sus cenizas descansan en Jerez, ciudad de la que fue alcalde. Ambos, como tantos de su estirpe, fueron personajes de la historia de España. José Antonio, además, un maestro para cientos de miles de españoles. Aún hoy lo es.

13

Veinticinco camaradas

Lorenzo García Fernández

A finales de los años sesenta un puñado de jóvenes inquietos , dirigidos por otros cuatro algo más veteranos , se agrupaban y reunían para, tratando de seguir la doctrina de José Antonio , TRANSFORMAR ESPAÑA. Cada uno de ellos aportaba lo que mejor tenía o sabía hacer. Unos lo intentaban en el mundo sindical del trabajo (con escaso éxito, ya que casi todo ese mundillo estaba copado y dirigido por las organizaciones comunistas,). Otros pescaban en ambientes de organizaciones juveniles(Boys scouts, OJE, parroquias...) Pero dónde más éxito y repercusión tuvieron fue en las Universidades. Fundamentalmente en la Complutense de Madrid. Aunque también hubo actividades en Barcelona, Salamanca, Oviedo y Vascongadas.

A veces su actividad se limitaba a conmemorar las fechas emblemáticas del santoral falangista: asesinato de Matías Montero, fundación de FALANGE, asesinato de José Antonio en Alicante. ... Actos todos ellos realizados al margen de la Secretaria del Movimiento Nacional. Con el fin de poner en evidencia las contradicciones del régimen de Franco. Por supuesto también se promovían manifestaciones con

lanzamiento de panfletos en las asambleas de facultades y en lugares estratégicos de Madrid: Gran Vía, a las salidas multitudinarias de los cines. .. En las facultades universitarias y Escuelas Técnicas se combatía dialécticamente en las asambleas , donde también se arrojaban multitud de panfletos acerca de todos los temas candentes . Colocaban carteles para defender valientemente sus ideas joseantonianas



(a veces incluso con peligro físico por los ataques de sus adversarios) . Criticaban las deficiencias de las estructuras académicas y políticas en debates y conferencias multitudinarias . Por supuesto se participaba en las elecciones de delegados de curso con éxito,aunque la marea roja con todas sus terminales de siglas (FELIPE, PC, FUDE..) logró siempre controlar y dirigir el famoso SDEUM que era un instrumento de agitación política de extrema izquierda.

Los integrantes de esa organización clandestina: FRENTE DE ESTUDIANTES SINDICALISTAS(FES) junto con los integrantes de las JUVENTUDES FALANGISTAS(J.F) y de F.N.T (trabajadores) que en conjunto se denominaban entre ellos como “TINGLADO” y tenían un grupo de “primera línea “ los más comprometidos ideológicamente, y se reunieron durante varios años en Semana Santa y Navidades en un viejo albergue del SEU ya en desuso, que generosamente cedía

Ignacio García, comisario del ya por entonces burocratizado e inoperante sindicato universitario desmantelado. Ignacio García sería, curiosamente, el último Secretario General del Movimiento que tras la Reforma política de Adolfo Suárez echaría el cierre a su Ministerio (anteriormente FET) en abril de 1977.

Los objetivo de esas reuniones en fechas tan significativas , eran esencialmente una labor de confraternización y camaradería. Un inyección de moral joseantoniana. Y por supuesto también una rendición de cuentas de los responsables y de intercambio de informaciones. Estilo, disciplina y reflexión profunda. Casi eran , salvando las distancias, cómo aquellos famosos ejercicios espirituales de San Ignacio que algunos habíamos realizado en escuelas e institutos durante nuestra formación de adolescentes. Años anteriores, (1966-67) estas reuniones se celebraron en Semana Santa al aire libre, en los aledaños de los muros del Monasterio cisterciense de Santa María de Huerta.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, en la foto que acompaña éste pequeño relato estamos 25 camaradas con camisa azul delante de la fachada del albergue del SEU conocido como LA CASA DE LOS PERROS . “Que face a los hombres y los desface”, decía el lema en un pequeño ladrillo decorado que se adivina en el centro de la foto detrás de la cabeza de Garijo.

Que yo sepa, de los que estamos en esa foto tomada por Mariano ,nos han dejado ya ocho . Quizás también algún otro que no he logrado localizar . Hace unos días , tristemente, nos dejó también FERNANDO GARCÍA SÁNCHEZ. Fue responsable del FES en los difíciles y conflictivos años sesenta.También estuvo algún curso en la Universidad de Barcelona , destinado por el mando, tratando de poner cierto orden en la organización de allí.

Juan Fernández Krohn (en la foto arriba , el 9º por la izquierda) lo definiría perfectamente : Fernando García ,(En la foto arriba el 6º por izquierda,) era alto, enjuto, voz y ademanes de mando...muy valiente en la “ batalla de los carteles”(curso 1968-69) cuando fui objetivo de linchamiento por el rogerio vociferante de nuestra Facultad de Económicas de la Complutense y que por cierto quedaron muy impresionado por la disciplina y capacidad de organización del FES. Fernando, fue mi hermano mayor”.

Camarada Fernando García .! Presente ¡ . Descanse en paz.



Nos da igual el lugar de tus cenizas
pues tu voz es eterna e inmutable.
No importa el revanchismo miserable
ni importan sus consignas enfermizas.

Los hijos de torras y rabizas
que rompen tu sepulcro venerable
pasto serán de olvido inexorable
con sus torpes testuces colgadizas.

Nos da igual el lugar de tus cenizas
pues tu voz sigue viva en nuestro pecho
y nuestro paso firme te acompaña.

Y la Revolución que simbolizas marcará
el rumbo azul, firme y derecho,
de Patria y de Justicia por España.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com